

far en otras partes. No se trata para conseguir tan sagrado fin de una expedición que debiese ocupar toda la Península; bastaría que una fuerza militar proporcionada al objeto ocupase las provincias Vascongadas y Navarra, apoyada en las plazas fronterizas de las mismas que las tropas de S. M. la Reina conservarían ó partirían su guarnición con la fuerza auxiliar, de la que un tratado particular podía arreglar el modo y compensaciones.

La causa de la justicia, la causa de la humanidad, la causa de la monarquía reclaman la cooperación armada de la Francia, y los fusiles carlistas que continuamente hacen fuego sobre el puente de Behobia y á que ha tenido que contestar repetidas veces el cañon francés, reclaman el que la bandera tricolor aleje de las fronteras francesas el ruido de la guerra, lanzándola al otro lado del Ebro, para que las tropas de la Reina acaben con las fuerzas del Pretendiente y puedan frenar las pasiones revolucionarias.

Si la Francia desoye la voz de la verdad en esta ocasión, si no se asombra al ver el abismo que se halla abierto á la linde de sus fronteras, en una palabra, si no acude á la defensa del trono de la Reina doña Isabel II, la Francia en esta cuestión de *vida ó muerte* para la monarquía, á mas de los peligros que la amenazan para en adelante, queda responsable á la posteridad de todas las calamidades que van á caer sobre una nación vecina y aliada suya y de todas aquellas que corriendo el tiempo, trastornarán á la Europa entera empujándola en guerras y revoluciones, cuyo fin no verá la generación presente ni tal vez la venidera. París 8 de setiembre de 1835.

## CAPITULO VI

### Primer sitio de Bilbao

Vacilaciones del general Valdés.—Acuden en auxilio de la plaza Espartero, La Hera y Latre.—Herida y fallecimiento de Zumalacárregui.—Estado en que de sus resultados quedó el campo carlista.

Después de la no aceptación por don Carlos de la dimisión presentada por Zumalacárregui y que hubo este reasumido el mando superior de las armas, era la principal dificultad con que luchaba el Pretendiente la falta de recursos materiales proporcionados al aumento que había ido adquiriendo su ejército.

En la esperanza de que encontraría estos recursos apoderándose de la capital de Alava, pensó Zumalacárregui en poner sitio á Vitoria; propósito al que hubo de renunciar para conformarse con el proyecto que merecía la preferencia de don Carlos y sus cortesanos. En su ansia de encontrar dinero para sostener la guerra, el Pretendiente había acudido á cuantas simpatías en el extranjero le ofrecían probabilidades de allegar recursos. Los auxilios pecuniarios de las cortes de Cerdeña, de Rusia y de Austria, mas bien que subsidios propios de aliados que desean proteger una causa por motivos políticos, eran limosnas que personalmente enviaban los soberanos de aquellos países, como muestras de su simpatía hácia un pretendiente en desgracia. Pero por lo mismo que eran á todas luces insuficientes semejantes limitados medios, don Carlos y sus consejeros aspiraban ardientemente á llamar á las puertas de las bolsas extranjeras, verdadero Pactolo de nuestra plutónica época. Pero los hierofantes que presiden á la distribución del contenido del cuerno de abundancia patrimonio de la finanza moderna, imponían durísimas condiciones á don Carlos, siendo para este la mas difícil de llenar la exigencia de que, para que los gabinetes simpatizadores de su causa y los bolsistas consintiesen en hacer adelantos efectivos, exigían que el Pretendiente poseyese una plaza, una ciudad que estuviese seguro de conservar y á la que pudiesen ser enviados los representantes de los tres gabinetes ocultos favorecedores de la causa carlista. Y viniendo á localizar su exigencia, fijáronse los muñidores del suspirado empréstito, en que Bilbao por su importancia, por su riqueza, y como puerto de mar, fuese el punto elegido para dar testimonio de la potencia de las armas del Pretendiente.

Estas consideraciones unidas á otras de interés personal

por parte de los allegados á don Carlos, decidieron el que fuese abandonado el pensamiento de Zumalacárregui sobre Vitoria, para llevar á cabo sin dilación el sitio de Bilbao. El mismo general contra cuyo parecer había prevalecido esta última idea, fué el encargado de su ejecución, y dispúose á darla cumplimiento al frente de catorce batallones y de algunas piezas de artillería con cuyas fuerzas se presentaba el 7 de julio ante los muros de la metrópoli vizcaina. Aunque la plaza estuvo circunvalada desde el 13 de junio, no pudieron los sitiadores sacar de sus medios de ataque todo el partido de que se lisonjearon, porque dos buques de guerra ingleses anclados en la ría, mantenían libres las comunicaciones de la plaza, procurando á los sitiados cuantos recursos de boca y guerra necesitaban. En la mañana del 14 rompieron el fuego las baterías carlistas, al que contestaron con superior ventaja los bilbaínos, pertrechados y provistos de mejor maestría. Estaba destinada la invicta ciudad á ser en las largas y sangrientas contiendas civiles que han desgarrado á España en los últimos cincuenta años, la gloriosa émula de la inmortal Zaragoza, y no se necesita anticipar los hechos que caracterizaron el segundo sitio y mas tarde el tercero, para que el noble, altivo y esforzado espíritu de los bilbaínos se mostrase en aquel primer sitio digno competidor, ó por mejor decir enviable ejemplo de las virtudes cívicas, que en los sitios que debían seguir al que vamos á asistir, mostraron en heroico grado los hijos de la valerosa ciudad.

Abierta brecha por el enemigo en los parapetos del fuerte del Circo, punto importante de la línea exterior de defensa, los sitiados, entre los que ocupaban el mas distinguido puesto los urbanos, acudieron á tapar con sus cuerpos el boquete abierto por los proyectiles del enemigo, al que en alta voz provocaban á que avanzase á cruzar sus armas con las de sus compatriotas los liberales vizcainos.

El arrojo y la impasibilidad con que Zumalacárregui sabia lanzar sus tropas al peligro cuando la victoria podía subsanar el sacrificio, en aquella ocasión, ya fuese efecto de la escasa espontaneidad con que había acometido la empresa, ya por el respeto que le inspirase el heroísmo de los bilbaínos, no le movieron á dar la señal del asalto, y al siguiente día recibía la mortal herida que privó á la causa carlista del hombre, que al mismo tiempo que era la encarnación de la raza vasconavarra, constituía el mas valioso de sus elementos de triunfo.

No retrajo empero á los sitiadores en la prosecución de sus hostilidades, el no tener ya á su frente al caudillo con el que estaban acostumbrados á vencer, pues Eraso que había reemplazado al herido, continuó con vigor el bombardeo, causando sensibles daños al caserío y al vecindario. No pudo llegar en auxilio de la plaza un refuerzo compuesto del batallón de San Fernando y del provincial de Jaen, que el diligente comandante general de Guipúzcoa, Jáuregui, envió por mar á Portugalete. Los buques que trasportaban la expedición no pudieron remontar la ría por haber los carlistas imposibilitado la navegación echando á pique gabarras cargadas de piedras, cuyo impedimento motivó que tuviesen que retroceder á Portugalete las fuerzas auxiliares, y que regresar á Bilbao las que de la plaza salieron para proteger la aproximación de los dos batallones.

Durante la noche procuraban los sitiados reparar los defectos causados en las fortificaciones el día anterior y también intentaron varias salidas que no dieron resultados de importancia, habiéndose prolongado el sitio durante los días 18, 20 y 21, sin que los fuegos del enemigo causaran otros deterioros que los consiguientes á la continuación del bombardeo, que no era ya tan activo como lo fué el primero y segundo día, pero cuyos efectos no cesaban ni por un momento de contraestarse los sitiados, estableciendo baterías en todos los puntos que ofrecían probabilidad de apagar los fuegos del enemigo.

Para formar cabal idea de la desventaja con que el ejército de la Reina operaba contra el de don Carlos, baste saber que Latre se hallaba en Bureña el 22 de junio y Espartero no mucho mas distante, sin que ni uno ni otro lograsen adquirir datos seguros sobre las fuerzas que reunía el enemigo delante de Bilbao; lo que unido á las vacilaciones de Valdés que coar-

taba los impulsos de los dos valientes generales, fueron la causa de que, como iba á ser patente, el sitio no hubiese podido levantarse antes que lo fué.

Sostenía el denuedo de los bilbaínos y del gobernador militar de la plaza, conde de Mirasol, la esperanza de que no tardarían en llegar fuerzas auxiliares que pusiesen término á la angustia de ver reducidos á escombros las casas, los templos y hasta el hospital de la invicta villa, sobre la que por término medio lanzaba diariamente el enemigo de quince á veinte y hasta mas de treinta bombas de á catorce pulgadas y de setenta á ochenta granadas.

La llegada de don Carlos el día 26 al campo sitiador redobló el ardor de sus secuaces, cuyos proyectiles aumentaron, cayendo aquel día en mayor número y causando nuevos y sensibles daños; pero lejos de abatirse el temple de alma de los bilbaínos, las nuevas baterías por ellos construidas y dirigidas sobre los puntos vulnerables del enemigo, apagaron sensiblemente los fuegos de este.

En la madrugada del siguiente día continuó el bombardeo con mayor actividad, sintiéndose mas especialmente los disparos de los fuertes de Larrinaga y Solocoeche, pero la plaza consiguió amortiguar los de las baterías que mas daño les ocasionaban.

En honor de la venida de don Carlos, que recorrió durante todo el día las líneas sitiadoras, redoblaron estas su fuego y los estragos que ocasionaban al caserío, sin por eso debilitar el tesón de los defensores.

El día 27 reunió el conde de Mirasol al Ayuntamiento para comunicarle la intimación que acababa de recibir, la que se hallaba concebida en estos términos:

«Señor gobernador ó jefe superior de la plaza de Bilbao. Acordaos que sois español y que vuestra inútil resistencia solo sirve de instrumento á la destrucción de un pueblo rico y hermoso. No debéis ignorar que el 23 fué batida la columna gruesa que venia en socorro de la plaza y que ya exánime y sin aliento experimentó una grande desertión. Lejos de venir un segundo refuerzo lo he recibido yo de un considerable número de valientes; en fin, todo como dejo dicho, solo sirve para hacer infructuosos vuestros esfuerzos, los que únicamente ocasionarán el derramamiento de sangre española y la reducción á cenizas de uno de los mas preciosos pueblos de España. Si os convencéis de unas razones tan justas, como prueba de lo que me complace en hacer el menor número de desgracias entre españoles, puedo asegurar y prometeros que la clase de urbanos de esa villa, sea cual fuese su origen, serán tratadas las personas del mismo modo que lo han sido en Villafranca, Vergara, Eibar y otros puntos guarnecidos. Cuartel general de Bolueta 27 de junio de 1835.—Francisco Benito de Eraso.»

Antes de concurrir á casa del conde de Mirasol, los concejales de Bilbao se habían reunido privadamente y resuelto que no darian su asentimiento á ninguna clase de capitulación. Dada que les fué lectura de la comunicación de Eraso, manifestó Mirasol su deseo de conocer la opinión del Ayuntamiento, cuya voz tomó el alcalde don Juan Ramon de Arana, pronunciando las siguientes memorables palabras: *Perecer en las ruinas de la villa antes que capitular*: viril respuesta que completó otro concejal añadiendo: *Hoy me han arruinado tres casas; mañana me destruirán las que me restan, pero mientras circule sangre por mis venas, yo no capitulo. Sabré si sobreviviese á este sitio mantenerme entre las ruinas de mi propiedad, pero no vivir con los que destroran mi patria.*

Al oír Mirasol aquellas nobilísimas palabras, exclamó que no había esperado menos de un pueblo tan heroico y que haría presente á S. M. la acendrada lealtad de los urbanos y del pueblo de Bilbao, los que debían esperar honrosos testimonios de la gratitud con que la Reina recibiría tan insignes pruebas de adhesión al trono de su hija.

Acordóse sin embargo ganar el tiempo posible, aparentando que se negociaba, respuesta que por su parte secundó el Ayuntamiento, declarando que tenía puesta toda su confianza en el Comandante general y que se adhería á lo que este resolviese. Trasmitida la contestación de la plaza al campo ene-

migo, presentáronse en calidad de parlamentarios Zaratiegui y Arjona, los que para mayor solemnidad, fueron recibidos por el alcalde y dos regidores que los acompañaron, al alojamiento de Mirasol. Pedían los parlamentarios la rendición de la plaza ofreciendo concederle una capitulación honrosa, al mismo tiempo que aseguraban que no debían los sitiados esperar socorro alguno, hallándose Valdés cohibido por superiores fuerzas carlistas y añadiendo que Latre había sido completamente derrotado en las inmediaciones de Castrejana.

Conforme á lo anteriormente convenido con el Ayuntamiento, Mirasol propuso el envío de oficiales de la plaza, provistos de un salvoconducto del enemigo para que se cerciorasen de la exactitud de los hechos alegados por los parlamentarios, respecto al estado y situación del ejército de la Reina. Retiráronse Zaratiegui y Arjona á dar cuenta del resultado á su jefe, sin que pudiera evitarse por mas que al pueblo habían recomendado las autoridades observarse circunspección y reserva, que al atravesar las calles los enviados de Eraso el público contuviese su ardor y dejase de prorrumper en vivas á la Reina y á la libertad, de lo que se mostraron aquellos ofendidos, señalándolos como demostraciones contrarias á las leyes de la guerra, en el acto de cambiarse comunicaciones entre los beligerantes.

Interesado Mirasol en calmar el bullicio salió á la calle recomendando la moderación y reconviendo á los agitadores. «Eso vivas, les dijo, se reservan para los fuertes y las aspilleras;» palabras que oídas por el jefe de la milicia, exclamó: «Los urbanos, mi general, saben dar esos vivas en las aspilleras y en todas partes, estando resueltos como estamos á morir por Isabel II y la libertad y yo con ellos á la cabeza;» á lo que entusiasmado Mirasol, replicó conmovido: «Yo tambien, señor comandante, moriré con ustedes antes que consentir en la rendición de esta plaza.»

La pasajera y tácita tregua que duró algunas horas llevó á varios urbanos hasta los puestos avanzados de los sitiadores, los que acudieron y se mezclaron con los de la plaza, tratándose unos y otros por breves momentos con la cordialidad de compatriotas y de hermanos. La última intimación de Eraso, solo concedía dos horas para la rendición, amenazando de lo contrario, con reasumir las hostilidades, amenaza á la que contestó Mirasol que podían los sitiadores *romper el fuego cuando quisieran.*

Aunque al otro día se arrojaron sobre Bilbao veintiseis bombas y cincuenta y tres granadas, se amortiguó el fuego en el siguiente día, víspera del que señaló el levantamiento del sitio.

Demos cuenta ahora de cómo se verificó la llegada del ejército libertador, retardada por mas días de los que calculaban los sitiados, y cuya tardanza hubiera consternado á otro pueblo menos decidido y menos entero que lo era el de Bilbao.

Desde Pamplona, donde se hallaba Valdés el día 12 de junio, se dirigió por Logroño y Haro á Miranda de Ebro, cuidándose menos que de la crisis por que pasaba Vizcaya en hacer evacuar el fuerte de Salvatierra, llave de las comunicaciones entre Alava y Navarra, y punto de incontestable importancia estratégica. Dispuso tambien que se mejorasen las fortificaciones de Vitoria, alarmando con ello á sus habitantes que temieron se tratase de abandonarlos, y desde el 15 de junio, día en que Valdés se avistó en Berberana con el general Latre, hasta el 25 en que entregó el mando del ejército, no cesó de expedir órdenes contradictorias á Latre y á Espartero, disponiendo movimientos que cada día variaba, y en los que constantemente prescribía que no se empeñase acción decisiva con el enemigo, dejando claramente ver en todos sus mandatos que lo mas que con respecto á Bilbao se proponía hacer, no pasaba de proyectos, de demostraciones ó amagos de marchar sobre la villa sitiada, sin otro mas decidido propósito que el de llamar la atención del enemigo, pero sin mostrar en ninguna de sus órdenes la determinación de marchar en socorro de la plaza.

De esta manera y segun resulta claramente probado por el extracto de un diario de las operaciones de aquellos días, obra de un ayudante del general Latre, diario que inserta el señor